

para dedicarse á robarnos millones, haya calculado sus negocios con la obra de Humboldt. Creo que si el noble y célebre Barón no hubiera exagerado una riqueza que, al cambiar el régimen industrial del mundo, tenía que convertirse en triste pobreza, Napoleón no habría sido engañado, Maximiliano hubiera permanecido Almirante de Austria, la Princesa Carlota no habría tenido motivos para que primero la enloqueciera la ambición y luego la desgracia, y no hubiera habido ni Imperio ni Intervención.

CAPÍTULO II

LA MALDAD CABALLERESCA DE MAXIMILIANO.

La expedición de México había tenido un objeto ostensible y otro oculto. Componían el objeto ostensible la necesidad de hacer efectivas las reclamaciones francesas y aprovechar los deseos monarquistas de la nación para establecer el trono de un príncipe liberal, virtuoso y capaz, que diera al mundo garantías de la reorganización de un vasto y rico país, útil á todas las naciones. El objeto oculto era cualquiera; pero estando basado en el triunfo de los confederados en los Estados Unidos y habiéndose declarado su ruina absoluta desde el 2 de Septiembre de 1864, desde esa fecha los designios ocultos de Napoleón sobre la expedición de México habían quedado completamente aniquilados. El trono de Maximiliano fué un medio para llegar á un fin oculto napoleónico, y siendo imposible éste desde que se anunció con seguridad la poderosa reconstrucción de los Estados Unidos, el *medio* no podía presentar interés para Napoleón III.

Haciendo á un lado la existencia de los Estados

Unidos, la situación para Napoleón III era muy difícil el 1º de Enero de 1866.

El pueblo francés, por medio de sus brillantes órganos en el Cuerpo Legislativo y en la prensa, presentaba con lógica correcta é implacable un argumento que no tenía réplica.

« Se ha dicho á Francia, decía Julio Favre, para hacerle subscribir el empréstito de 1865, excesivamente peligroso, que el Imperio mexicano está consolidado y en vía de gran progreso; ¿entonces, por qué no vuelven nuestras tropas; por qué continúan nuestros sacrificios? ¿El Imperio mexicano no está consolidado? ¿Cuál debe ser entonces el límite de nuestros sacrificios? Hemos inmolado en la cuestión mexicana hasta la fecha, ocho mil vidas de los mejores hijos de Francia, hemos puesto en peligro más de mil millones de francos de nuestras economías, que representan mucho en el bienestar y porvenir de la población de Francia; hemos perdido la simpatía de todos los hombres honrados de la tierra, porque es imposible que la voluntad nacional en México, quiera el imperio cuando ochenta mil hombres entre franceses, austriacos, belgas y mexicanos han derramado sangre, dolor y espanto durante cuatro años. Pedimos al gobierno que nos fije siquiera el número de vidas que hemos de sacrificar y el número de millones que hemos de perder, para seguir deshonrándonos

por una obra inicua de violencia. No admitimos que se nos diga que el trono de Maximiliano debe quedar establecido, nada nos importan ese príncipe extranjero, ni su trono. Pedimos al gobierno que categóricamente nos diga qué bienes le vienen á Francia con que Maximiliano tenga un trono en un mar de sangre. »

Tan justos razonamientos no fueron expuestos y sostenidos, con sombría y majestuosa elocuencia, sólo un día sino todos los días en la prensa y en la tribuna francesa. Fueron manejados y repetidos en todos los tonos, prestigiados con todas las galas de la arrogante lengua francesa, reproducidos por la prensa de todos los países civilizados. El primero que no podía contestarlos era Napoleón III, por ser también el primero en reconocer su exactitud.

Cuando por las necesidades militares de la campaña, en vista de la actitud resuelta de los Estados Unidos de proteger desde luego invasiones á México de voluntarios norteamericanos en grandes masas para alistarse en las filas republicanas, obligaron al Mariscal Bazaine á hacer la concentración estratégica de sus fuerzas, se vió, á no haber duda ni para los ciegos, que la pacificación era falsa, precaria, aparente; donde se retiraban los soldados franceses, la causa republicana triunfaba inmediatamente, con signos evidentes de fuerza, de necesidad

y de gran porvenir. Lealmente Bazaine trasmitió lo que veía y sabía á Napoleón III, y este soberano, verdadero gran talento y político eminente, comprendió que la causa del Imperio estaba perdida y que los indebidos sacrificios que, con peligro de su propia dinastía, le imponía al pueblo francés, eran completamente inútiles y excesivamente peligrosos.

« Habían pasado los tiempos en que el gobierno francés creía aún en la posibilidad de hacer viable la empresa mexicana y de consolidar el Imperio. La convicción de que cualquier nuevo sacrificio no sería más que una pérdida para Francia, sin ningún resultado práctico para México, había penetrado tan bien en el espíritu de Napoleón III, que las pretensiones de Maximiliano transmitidas por el Comandante Loysel se estrellaron contra una voluntad formalmente expresada (1). »

¿Es ó puede ser un crimen de Napoleón III, reconocer que no podía, aun cuando quisiera, llevar al pueblo francés á sacrificios á que éste se resistía legítimamente, porque ese pueblo nunca se comprometió á nada con Maximiliano y siempre le fué antipática la expedición de México? ¿Es ó puede ser un crimen de Napoleón III, reconocer que todo sacrificio impuesto á ese pueblo era inútil para la

(1) Gaulot, tomo III, pág. 14.

realización de una obra condenada á perecer irremisiblemente?

Napoleón había ofrecido el trono á Maximiliano, es cierto y había ofrecido sostenerlo. ¿En qué términos? En los muy bien fijados por la Convención de Miramar.

En México se creía, porque así le convenía á Maximiliano hacerlo creer, que Napoleón, retirando sus tropas de México, había violado el tratado de Miramar. Esto es tan falso como asegurar que los bueyes vuelan como las águilas.

El Convenio de Miramar obligaba á Napoleón III á sostener en México :

Durante el año 1865, comprendida la Legión extranjera de 8,000 hombres.....	28,000 hombres
Durante el año 1866, comprendida dicha Legión	28,000 »
Durante 1867, comprendida la citada Legión.....	20,000 »

Pero el mismo Convenio de Miramar obligaba á Maximiliano á pagar cada año á Francia \$ 5,000,000, más los gastos de guerra. ¿Siendo el contrato bilateral, puede exigirse jurídica ó moral ó política-mente á una de las partes el cumplimiento de sus obligaciones, después que la otra no ha cumplido con las suyas? Maximiliano había dado algo á cuenta de sus compromisos; mas no habiéndolos llenado á satisfacción de la otra parte, conforme al contrato,

no tenía derecho á exigir á ésta el cumplimiento de sus obligaciones, que hasta entonces habían sido perfectamente cumplidas.

La mejor prueba de que Maximiliano no había cumplido con las obligaciones que le imponía el tratado de Miramar, es la disculpa agresiva y estúpida que él mismo presentó á Napoleón en el Memorial por él firmado y que la Emperatriz Carlota leyó al Emperador francés : « El General en Jefe francés (Bazaine) ha privado á este gobierno de sus naturales recursos, no terminando pronto y felizmente la guerra ». De manera que, según Maximiliano, estaba obligado á pagar el sostenimiento de las tropas francesas sólo en el caso de que éstas hubieran hecho pronta y felizmente la pacificación. Semejante cosa no la dice el convenio de Miramar y tan agresiva como ridícula pretensión indignó al soberano francés. El tal Memorial no es más que una requisitoria calumniosa contra el Mariscal Bazaine. No hay en el tratado de Miramar, ni podía haberla, una palabra que autorice á creer que pueda sospecharse de algún modo que sería posible la estipulación de que sólo debía Maximiliano cumplir sus obligaciones pecuniarias, previa pronta y feliz pacificación.

Los artículos relativos de la Convención de Miramar son :

« Art. 10. — La indemnización que deberá

pagar el gobierno mexicano á la Francia por sueldos, alimentos y sostén de tropas del cuerpo de ejército, desde el día 1º de Julio de 1864, queda fijada en la suma de mil francos al año por cada soldado.

« Art. 13. — El gobierno mexicano entregará en México el último día de cada mes, al pagador general del ejército, lo que deba para cubrir los gastos de tropas francesas que queden en México, conforme al art. 10 ».

No habiendo probado Maximiliano á Napoleón ni á la historia con los recibos del pagador francés que había cumplido fiel y estrictamente con las obligaciones del tratado de Miramar, sino que bajo su firma pretendió disculparse con una calumnia irritante contra el Mariscal Bazaine, queda probada la nulificación del tratado de Miramar por culpa exclusiva del Emperador Maximiliano. Es, pues, una calumnia insostenible la afirmación de que Napoleón violó los tratados de Miramar.

*
**

Tiempo es ya de tomar en cuenta en el asunto la intervención de los Estados Unidos.

El gobierno de los Estados Unidos representante de una influente plutocracia en 1865, no quería la guerra con Francia; pero el pueblo y el

ejército la deseaban. Durante la guerra de secesión el pueblo norteamericano había sido herido con el reconocimiento por Napoleón de los Confederados como beligerantes, por la simpatía que la prensa francesa semioficial y oficiosa manifestaba por los rebeldes y por la invasión de México, en su orgullo, en sus ambiciones, en sus tradiciones, en sus sentimientos y en sus convicciones. En los momentos de mayor angustia se vió obligado á humillarse como un *granuja* ante la arrogancia de Napoleón III; la hora de la venganza había sonado con la caída de Richmond. M. Seward tenía que ceder á las exigencias populares y militares ó retirarse y nulificar al partido republicano.

Mr. Seward calculó bien á su enemigo; Napoleón III no podía aceptar la guerra. Francia contaba, es cierto, con una marina poderosa; pero no podía limitarse á la guerra naval siendo el punto en cuestión el sostenimiento del trono de Maximiliano y la ocupación de México por el ejército francés. La guerra en tierra tenía que dar la victoria completa á los Estados Unidos y, para sostenerla, Francia necesitaba comprometer todo su ejército y quedaba desarmada ante las potencias de Europa que le eran enemigas y ambicionaban la ruina de su poder y el desmembramiento de su territorio. Es indudable que si Francia hubiera mandado 300,000, hombres á México, para comenzar á re-

sistir á los setecientos mil de la Unión Americana, el Rey de Prusia se habría dirigido á París en 1866, antes que destruir en Sadowa á las formidables fuerzas de Austria. Esto lo sabía bien Napoleón.

La guerra naval tenía grandes inconvenientes. Los Estados Unidos habían perdido su marina mercante por la intrepidez de los corsarios del Sur. Francia tenía que perder una importante marina mercante atacada por los más terribles corsarios del mundo : los norteamericanos. Francia podía destruir con su poderosa flota á la marina de guerra norteamericana, cerrar y bloquear los puertos de los Estados Unidos arruinando su comercio. Pero Inglaterra no podía consentirlo. Inglaterra y los Estados Unidos eran las naciones que entre sí hacían más comercio en el mundo. La cuarta parte del total y colosal comercio de Inglaterra tiene por clientela rica y firme los Estados Unidos. La industria inglesa había sufrido hasta tocar á funestas crisis con la suspensión del comercio del algodón americano durante la guerra separatista. Además, como los Estados Unidos se habían quedado sin marina mercante, la marina inglesa servía todo el comercio de los Estados Unidos. Una guerra naval entre Francia y los norteamericanos, á quien hería de muerte era á Inglaterra, potencia que no había de permitir que se la sacrificase.

Sin el consentimiento de Inglaterra, que fué pedido por Napoleón III y que le fué rotundamente negado, el Emperador francés tenía que ser destruído en tierra por el ejército americano en México, en el mar por la flota inglesa y en Francia por la Prusia.

Los Estados Unidos al exigir la desocupación de México á Napoleón, defendían su honor, su supremacía en América, sus intereses políticos y comerciales, su puesto entre las potencias, legalizado por su poder. ¿Francia, qué iba á defender? ¿El trono de Maximiliano? No era un interés francés. ¿Un asunto de amor propio del género necio? Tampoco; el pueblo francés siempre reprobó la expedición de México. Era sencillamente locura en asunto de amor propio personal para Napoleón III.

El Emperador francés no era un demente para sacrificar por un caso personal de amor propio, su trono, su patria, su reputación intelectual y tal vez aun su vida. Yo creo que aun cuando Napoleón III hubiera tenido que violar el convenio de Miramar para salvar á Francia de su ruina, de su desmembramiento, de la deshonra, habría hecho bien, ante la moral y el patriotismo, en violarlo. No hay deberes imposibles y no hay gobernante que tenga el deber de causar á sabiendas la ruina de su patria por sostener su firma en un convenio político personal.

Sobre todo, Napoleón, empeñándose en no retirarse de México por sostener sus tropas nueve meses más, no sostenía el trono de Maximiliano; simplemente evitaba el derrumbamiento de un imperio ya cadáver, durante algunos meses. ¿Valía la pena sacrificar á Francia por conservar el enjuto cadáver de la situación imperial fuera de su ataúd algunos días?

Como lo he probado, Napoleón III no estaba obligado á respetar convenios que Maximiliano había violado.

Napoleón, cuando determinó retirar de México á sus tropas y así se lo notificó á Maximiliano, ofreció á éste compensaciones generosas que valían muchísimo más que el cumplimiento del tratado de Miramar.